

puesto ver cuando fuera á Bruselas, y de la que me había olvidado completamente estando allí; es la que sostiene el paladium de la ciudad, el famoso Manneken-Piss, de que el lector habrá oído hablar sin duda.

El autor de la estatuita que los bruseleses han adoptado por su dios lare, ha contado de seguro con el privilegio que tienen los niños de no ser jamás indecentes, hagan lo que quieran, cuando no ha temido representar á su héroe haciendo ante el público una cosa que los mismos parisienses, esos grandes cénicos de la civilización moderna, tienen costumbre de hacer volviendo la espalda. Hé aquí la tradición que sirve, si no de excusa, al menos de pase á esta singular idea.

El hijo de un duque de Brabante buyó del palacio de su padre, y se perdió en las calles de Bruselas. Al ver el dolor del buen duque, toda la corte se dedicó á hacer pesquisas; la pesquisa duró dos días sin resultado alguno, y en medio de la consternación general: al fin, un cortesano, mas feliz ó mas activo que sus colegas, encontró, entre la calle de la Encina y la de la Estufa, al fugitivo, en la misma postura en que el amor paternal nos ha conservado su effigie. Los bruseleses por su parte conservaron á la representación del hijo la veneración que tenían á la persona del padre, y habiéndose roto la primera estatua, que era de piedra, se fundió la segunda, reproduciendo con gran exactitud la postura y expresión de la anterior en 1648 por el célebre Duquesnois de escandalosa memoria, inaugurándose en el mismo sitio, sin que el cambio que se había verificado en la primitiva materia hiciera sufrir al culto que inspiraba el Manneken-Piss la menor alteración.

Desde entonces la posición social del Manneken-Piss, al contrario de la de mas de un gran señor que creía merecerla, no ha hecho mas que mejorar. Los bruseleses le han dado el título del mas antiguo ciudadano de la población, como el ejército tituló á Latour d'Auvergne el primer granadero de Francia: el elector de Baviera, que tuvo el honor de ser presentado á él, le regaló un guardaropa completo, y dedicó á su servicio un ayuda de cámara con encargo de vestirle y desnudarle; Luis XV, para reparar los insultos que le habían hecho algunos soldados de la Guardia francesa, le declaró en 1747 caballero de sus órdenes, y le regaló un traje de corte con el sombrero de plumas y la espada; en fin, en 1832, el consejo municipal le votó por unanimidad un uniforme de oficial de la Guardia nacional: bajo este traje, el mas popular de todos, es como desde esa época se le espone el día de la gran fiesta de Bruselas, que cae á mediados de julio. No hay para qué decir que mientras está vestido cesa en las funciones hidráulicas, las cuales vuelve á recobrar inmediatamente despues de la Kermesse, con gran satisfacción de la multitud.

El 3 de octubre de 1817, Bruselas se despertó en medio de la consternación; su paladium había desaparecido. Creyóse al principio que descontento de su última inauguración, había ido á ofrecer sus servicios á alguna ciudad mas reconocida. Pero se hizo una indagación de su ayuda de cámara, y se probó que en el momento que le había quitado sus vestidos, no había manifestado ninguna señal de mal humor: comenzaron entonces á creer que las maniobras que habían sustraído al Manneken-Piss á las miradas del público, no debían atribuirse á su libre arbitrio; en virtud de este razonamiento especioso, se puso en su busca la policía, y encontró la estatua en poder de un forzado cumplido, llamado Lycas, que la había robado. La alegría fué grande cuando se supo la feliz nueva; se disparó el cañon, como por el alumbramiento de la reina, y se iluminó la ciudad. En fin, el 6 de diciembre de 1818, despues de mas de un año de ausencia, el Manneken-Piss fué colocado otra vez con gran ceremonia, sobre su pedestal, donde apenas reinstalado, continuó alegremente sus funciones como si nada hubiera pasado, y de donde, gracias á una activa vigilancia, no ha desaparecido mas.

En cuanto á Lycas, por mas que pretestó una adhesión muy especial al mas antiguo ciudadano de la población, para excusar por el entusiasmo la acción que había cometido, fué enviado otra vez á galeras.

Como poseía yo casi toda la biografía del Manneken-Piss, y por otra parte, el tiempo urgía, nos dirigimos hácia el palacio del príncipe de Orange, el que ha conservado su antiguo nombre, porque el príncipe Guillermo, cuya es la propiedad privada, no ha querido cederle ni despojarle de sus muebles desde 1830, sin duda esperando volver una tarde á entrar en él como salió una mañana.

Al llegar á la antecámara, tuvimos que prestarnos á una ceremonia cuya necesidad no comprendí hasta mas tarde; la de ponernos sobre las botas unos escafpines de orillo tan anchos, que al instante mismo nos vimos obligados á abandonar nuestro sistema habitual de locomoción. Desde el salon de los ayudantes de campo, no se anda, se patina; por lo demas, este ejercicio se practica sobre admirables pavimentos hechos de raices de árboles, que se rayarian con las botas sin aquella precaución; son verdaderos suelos aristocráticos, sobre los que no se puede andar sino calzado de terciopelo ó de seda. Pero se olvida al punto la incomodidad que impone aquella nueva manera de caminar, al encontrarse inmediatamente ante tres obras maestras, salidas de tres escuelas diferentes; una Madona de Andres del Sarto; un retrato de Rembrandt, pintado por él mismo, y una magnífica cabeza de Holbein.

En una sala azul que está al lado, hay una Popea de Van-Dyck, y una Diana de Poitiers

## WATERLOO.

Mi principal objeto al ir á Bruselas, era una peregrinación á Waterloo.

Porque Waterloo era, no solo para mí como para todos los franceses, una gran fecha política, sino tambien uno de esos recuerdos de la juventud que dejan en todo el resto de la vida un poderoso y profundo recuerdo. Yo no había visto á Napoleon mas que dos veces: la primera cuando iba á Waterloo; la segunda cuando volvía.

La pequeña ciudad donde he nacido, y en que habitaba mi madre, está situada á veinte leguas de París, en uno de los tres caminos que conducen á Bruselas: esta era una de las arterias por donde pasaba aquella generosa sangre que iba á derramarse en Waterloo.

Hacia tres semanas ya que la ciudad tenía el aspecto de un campamento: todos los días, como á las cuatro de la tarde, resonaba el tambor ó la corneta, y hombres y mugeres, que no podían cansarse de aquel espectáculo, acudían al ruido y entraban acompañando á algunos magníficos regimientos de aquella antigua Guardia que se creía destruida para siempre, y que á la voz de su jefe parecía salir de su fria tumba para aparecer ante nosotros como un espectro glorioso, con sus viejas gorras de pelo, y sus banderas desgarradas por las balas de Marengo y Austerlitz; al día siguiente eran algunos de los famosos regimientos de cazadores, con sus colbacks de largos llorones, ó escuadrones incompletos de aquellos dragones con sus ricos uniformes, cuyos trajes se han perdido, demasiado espléndidos sin duda para un tiempo de paz; á los dos días era ya el sordo estrépito de los cañones aferrados en sus cureñas, que hacían retemblar las casas á su paso, y cada uno de los cuales, como los regimientos á que pertenecían, llevaban un nombre que presagiaba la victoria. Ninguno hubo, hasta un destacamento de mamelucos, débil y último resto, trozo mutilado de la Guardia consular, que no quisiese llevar su gota de sangre á la grande hecatombe humana que se preparaba ante el altar de la patria. Y todo esto pasaba al compás de los aires nacionales, cantando aquellas antiguas canciones republicanas, que jamás estarán en Francia mas que adormecidas, canciones balbuceadas por Bonaparte y tan largo tiempo proscritas por Napoleon, quien las toleraba aquella vez; tanto comprendía que jamás apelaría demasiado á las simpatías, y que no eran ya los recuerdos de 1809, sino los de 92 los que era preciso invocar. No era yo entonces mas que un niño, como he dicho, porque tenía doce años escasos; no sé lo que

atribuida á Leonardo Vinci; despues hay un corredor donde se ven dos retratos de Van-Dyck, y dos de Velazquez, que son cuatro obras maestras, como acaso no las posee ningún museo. En fin, en el salon de las damas de honor hay un San Agustín muy hermoso, cuyo autor no recuerdo, y una de esas maravillas del Perugino, que prefiero como sentimiento y como expresión á las de su ilustre discípulo, el pintor de nombre de ángel y de genio divino.

No hablo de una consola y una copa de malaquita, que valen ambas 500,000 francos, ni de una mesa de lapis-lázuli, estimada, según se dice, en millon y medio. Este es negocio de ebanista y no de artista.

Al salir del palacio vi á un individuo que en su aire reconoció como francés, y que se detuvo para mirarme; al punto me dirigí al Bosque, por temor de que se me acercase, porque en Bruselas, lo peor que podemos encontrar es un compatriota. Esto exige una explicación, y me apresuro á darla.

Bruselas ha sido en todos tiempos el refugio de los proscritos: Maria de Médicis, desterrada por su hijo, fué allí á pedir hospitalidad á Isabel; Carlos, duque de Lorena, se refugió en ella despues que sus súbditos le espulsaron de sus estados; Cristina abjuró allí la religion luterana despues de haber abdicado la corona de Suecia; en fin, Carlos II y su hermano el duque de York fueron á buscar en aquella ciudad un asilo contra el protectorado de Cromwell.

Estos ilustres ejemplos han tenido en nuestros días muchos imitadores; solo que á los proscritos políticos han sucedido los desterrados judiciales: todo el que ha falsificado, el que ha hecho quiebra, en fin, todo el que se ve obligado á esconder la cara en París, se eclipsa de repente en el boulevard de Gente ó en la plaza de la Bolsa, y reaparece con el rostro descubierto y radiante en la calle Verde, en Bruselas; entonces, por poco que esos honrados refugiados hayan sabido escribir para firmar al pie de una letra de cambio con otro nombre que el suyo, viven con escándalo, calumniando en alguna cloaca literaria á la Francia, que los arroja como un río arroja su espuma, y dan al extranjero ese espectáculo vergonzoso de un hijo que en vez de arrepentirse y humillarse, escupe pública y diariamente á su madre en el rostro; así confieso que por mi parte estoy muy lejos de ofenderme por la desconfianza de los belgas respecto á nosotros, y siempre me he admirado de que antes de dar la mano á un francés, no exijan verle la espalda.



aquel espectáculo, aquel ruido, aquellos recuerdos producían en los demás, pero sé que á mí me causaban un delirio. Por espacio de quince días no pudieron hacerme entrar en el colegio; recorría las calles y los caminos reales, estaba como loco.

Después de una mañana, creo que era el 12 de junio, leímos en el *Moniteur*:

«Mañana, S. M. el emperador dejará la capital para reunirse al ejército. S. M. tomará el camino de Seirrons, Laon y Avesne.»

De modo, que Napoleón seguía el mismo camino que su ejército, Napoleón pasaba por nuestra ciudad: ¡iba á ver á Napoleón!

¡Napoleón! era este nombre muy grande para mí, y que representaba ideas muy opuestas.

Había oído maldecir de él á mi padre, veterano soldado republicano, que le devolvió el blason que le había enviado, respondiéndole que tenía ya el blason de su familia, y que esto le parecía suficiente. Era no obstante un blason muy bonito con el escudo de sus padres, componiéndose de una pirámide, una palmera y tres cabezas de caballo, en señal de haber muerto otros tantos á mi padre en el sitio de Mantua, con esta divisa á la vez conciliadora y enérgica: *Sin odio, sin temor*.

Había oído á Murat enaltecerle, uno de los amigos que en la desgracia habían permanecido fieles á mi padre; á Murat, soldado á quien Napoleón había hecho general, general á quien había hecho rey, y que un día olvidó todo esto precisamente en el momento en que hubiera debido recordarlo.

En fin, había oído juzgarle con la imparcialidad de la historia á Brune, mi padrino; guerrero filósofo que se batía con su Tácito en la mano, siempre dispuesto á derramar su sangre por la patria, cualquiera que fuese el hombre que se lo pidiese, que se llamase Luis XVI ó Robespierre, Barrás ó Napoleón.

Todo esto bullía en mi juvenil cerebro, cuando circuló esta noticia, venida de París por el órgano oficial:

Napoleón va á pasar.

El *Moniteur* llegó el 13; era el mismo día. No se trataba aquí de hacer alocuciones, ni erigir arcos de triunfo: Napoleón tenía prisa. Napoleón dejaba la pluma por la espada, el mando por la acción: Napoleón pasaba como el relámpago, esperando herir como el rayo.

El *Moniteur* no decía á qué hora debía pasar Napoleón. Desde por la mañana, la ciudad entera estaba agolpada al extremo de la calle de París; yo estaba con un grupo de niños de mi edad, que nos habíamos adelantado hasta una eminencia desde donde se descubría el camino real en una extensión de una legua.

Allí permanecimos desde por la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres descubrimos un correo. Aproximábase este correo rápidamente, llegando al

punto á donde estábamos. Gritaronle: «¿Va á pasar el emperador?» Estendió el brazo hacia el horizonte.

—¡Allí viene! dijo.

En efecto, veíanse dos carruajes tirado cada uno por seis caballos á galope. Desaparecieron repentinamente en un valle, y en seguida volvieron á aparecer á un cuarto de legua de nosotros. Corrimos entonces hacia la ciudad gritando: «¡El emperador! ¡el emperador!»

Llegamos sin aliento y precediendo al emperador quinientos pasos escasos. Calculé que no se detendría por inmensa que fuese la multitud que le esperaba, y corrí á la casa de postas; caí rendido sobre un guardacanton, pero había llegado. Inmediatamente aparecieron los caballos llenos de espuma volviendo la esquina de la calle, luego los postillones con su uniforme, en seguida los carruajes, y por último el pueblo que seguía á estos. Los carruajes se detuvieron en la casa de postas.

¡Vi á Napoleón!

Iba vestido con una casaca verde, charreteras pequeñas bordadas á grano de cebada, y llevaba la cruz de oficial de la Legión de Honor. No vi mas que su busto, sirviéndole de marco la portezuela.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; ciertamente era la hermosa cabeza numismática de los antiguos emperadores romanos, inclinada la frente, amarillenta como la cera su inmóvil fisonomía, solo parecían vivos sus ojos.

A su izquierda iba el príncipe Gerónimo, rey sin reino, pero hermano fiel; era entonces un joven como de veinte y seis á treinta años, de buena presencia, de cabeza regular, facciones bien marcadas, barba negra y cabellos elegantes. Saludó por su hermano, cuya vaga mirada se perdía completamente en el porvenir, y acaso en el pasado.

Frente al emperador estaba Letort, su ayudante de campo, vehemente soldado que parecía ya aspirar el olor de la batalla, y que sonreía, como si debiese vivir largos días.

Detuviéronse un minuto apenas, y en seguida sonaron los látigos, relincharon los caballos y todo desapareció como una visión.

Tres días después, llegaron por la noche gentes que por la mañana habían salido de San Quintín, y que dijeron que á su salida se oía el cañón.

En la mañana del 17 pasó un correo, que llevaba y sembraba por el camino la noticia de la victoria.

El 18, nada; el 19, el mismo silencio; únicamente corrían vagos rumores, sin origen cierto; decíase que el emperador estaba en Bruselas.

El 20, tres hombres cuyos caballos estaban estenuados y cubiertos de sudor, con los vestidos hechos girones, herido uno en la cabeza y el otro en el brazo, entraron en la ciu-

dad, y casi al punto rodeados por la población entera, fueron llevados al patio de la casa-corregimiento.

Aquellos hombres se espresaban con dificultad en francés; eran, creo, wesfalianos que se encontraban no se cómo en nuestro ejército. A todas nuestras preguntas contestaban moviendo tristemente la cabeza, y terminaron por confesar que habían dejado el campo de batalla de Waterloo á las ocho, y que cuando le habían abandonado la batalla estaba perdida.

Era aquella la vanguardia de los fugitivos.

No se les quería dar crédito: decíase que aquellos hombres eran espías prusianos; que Napoleón no podía ser batido; que aquel magnífico ejército que habíamos visto pasar no podía ser destruido. Querían conducir á los desgraciados fugitivos á la cárcel; hasta tal punto se habían olvidado 1813 y 1814, para no acordarse mas que de los quince años que á ellos han precedido.

Mi madre fué corriendo á la casa de postas, allí pasamos todo el día. Pensaba y con razón que era aquí á donde llegarían noticias de cualquier clase que fuesen. Mas en tanto, yo buscaba en los mapas el nombre de Waterloo, y no lo encontraba; concluimos, pues, por creer que todo era imaginario en la relación de aquellos hombres, hasta el nombre del campo de batalla.

A las cuatro llegaron otros fugitivos que confirmaron la relación de los primeros. Estos eran franceses, y por tanto pudieron dar todos los detalles que se les pidieron; repitieron lo que habían dicho los primeros; pero añadieron que Napoleón y su hermano habían muerto. A estos se les creyó menos todavía; Napoleón podía no ser invencible, pero era invulnerable.

Hasta las diez de la noche sucediéronse las noticias mas terribles y desastrosas.

A las diez se oyó el ruido de un carruaje; se detuvo; el maestro de postas acudió al punto con un hacha de viento. Nosotros le seguimos; se precipitó á la portezuela para pedir noticias; en seguida dió un paso atras murmurando:

—Es el emperador.

Me subí entonces á un banco de piedra, y miré por encima de los hombros de mi madre.

Efectivamente era Napoleón; estaba sentado en el mismo rincón, vestido con el mismo uniforme; como la primera vez tenía inclinada su cabeza sobre el pecho, acaso algo mas inclinada, pero no había cambiado ni una arruga de su rostro, ni en sus facciones podía notarse la menor alteración que indicase que el sublime jugador acababa de jugar el mundo, y le había perdido; pero ni el príncipe Gerónimo ni Letort estaban ya en el carruaje para saludar por él y sonreírse: Gerónimo reunía los restos de su ejército, Letort ha-

bía sido dividido en dos pedazos por una bala de cañón.

Napoleón levantó lentamente la cabeza, y miró á su alrededor como si saliera de un sueño; después con su voz fuerte y segura preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Villers-Cotterets, señor.

—¿A cuántas leguas de Soissons?

—A seis leguas, señor.

—¿Y de París?

—A diez y nueve.

—Decid al postillon que vaya aprisa.

Y se recostó de nuevo en el rincón de su carruaje, y volvió á dejar caer su cabeza sobre el pecho.

Los caballos arrastraron el carruaje como si tuviesen alas.

El mundo sabe lo que había pasado en el intervalo de ambas apariciones!.....

Había yo dicho siempre que iría á visitar la aldea de nombre ignorado que no había podido encontrar en un mapa de Bélgica el 20 de junio de 1815, y que desde esa fecha estaba escrito en el de Europa con caracteres de sangre; así que fui allá al día siguiente de mi llegada á Bruselas.

En tres horas atravesamos todo el lindo bosque de Soignes, y llegamos á Mont-Saint-Jean. Aquí es donde os esperan los obligados cicerones, los cuales se apellidan todos los guías de Gerónimo Bonaparte. Entre los cicerones, hay uno que es inglés, y que autorizado por su gobierno, lleva una medalla como un comisionista. Cuando son franceses los que desean recorrer el campo de batalla, el pobre diablo ni aun se acerca á ellos, porque está acostumbrado á recibir de ellos muchos sofiones. En cambio, tiene por clientela á los ingleses.

Tomamos el primero que se nos presentó. Tenía yo un excelente plano de Waterloo, anotado por el duque de Elchingen, que cruza en este momento el arenal paternal con el yatagan de los árabes. Dije, pues, que quería ir directamente al monumento del príncipe de Orange: si hubiese avanzado cien pasos mas, no hubiera tenido necesidad de guía para esto; es la primera cosa que se ve cuando se ha pasado la granja de Mont-Saint-Jean.

Trepamos por aquella montaña construida por la mano del hombre, en el sitio mismo en que el príncipe de Orange fué derribado de un balazo en el hombro, cuando cargaba caballerescamente con el sombrero en la mano á la cabeza de su regimiento. Es una especie de pirámide redonda, de cincuenta pies de altura próximamente, y á la que se sube por escalones hechos en la tierra y sostenidos por tablas: toda la tierra de que se ha hecho es distinta que el suelo á que domina, y cambia algo el aspecto del campo de batalla, dando á aquel sitio en rampas una inclinación que no tenía. En la cima



de aquella pirámide, un león colosal, al que nuestros soldados al volver de Amberes habían comenzado ya á cortar la cola, cuando se les contuvo, con una pata colocada sobre una bola, y la cabeza vuelta hacia el Occidente, amenaza á la Francia. Desde la plataforma que se extiende en derredor de su pedestal, se domina todo el campo de batalla, desde Braine-la-Leude, punto extremo á donde llegaba la división de Gerónimo Bonaparte, hasta el bosque de Frichermont, por el que desembocó Blücher y sus prusianos; desde Waterloo, que ha dado su nombre á la batalla, sin duda porque en esta aldea se contuvieron los ingleses puestos en derrota, hasta la granja de Quatre-Bras, donde durmió Wellington después de la derrota de Ligny, y el monte del Bonn, donde fué muerto el príncipe de Brunswick. Desde este punto elevado, nada más fácil que evocar todas aquellas sombras, todo aquel estruendo, todo aquel humo estinguido hacia veinte y cinco años, y asistir de nuevo á la batalla. Allí, poco más arriba del Haie-Sainte, en el sitio donde se han construido después algunas casucas, junto á un olmo comprado en 200 francos por un inglés, Wellington permaneció apoyado una parte del día; al otro lado del camino de Jemmape á Bruselas, y en la misma línea, cayó sir Thomas Picton, cargando á la cabeza de un regimiento. Cerca de este sitio se encuentran los monumentos de Gordon y de los hannoverianos; al pie de la pirámide está la plataforma de Mont-Saint-Jean, que se elevaría á la altura próximamente de los monumentos que acabamos de citar, sino fuera porque en aquel mismo sitio, y como en una superficie de dos fanegas, se ha echado una capa de tierra de diez pies, á fin de dar más altura á la pirámide. Sobre este punto de cuya posesión dependía el éxito de la jornada, es donde se concentró por espacio de tres horas lo más recio de la batalla: aquí tuvo lugar la carga de los doce mil coraceros y dragones de Kellerman y Milhaud. Perseguidos por ellos de cuadro en cuadro, Wellington no debió su salvación sino al impenable valor de sus soldados, que se hicieron acuchillar en su puesto, y cayeron en número de diez mil sin retroceder un solo paso; mientras que su general, con lágrimas en los ojos y el reloj en la mano, recobraba la esperanza, calculando que se necesitarían dos horas todavía de tiempo material para matar á los que quedaban. En una hora, esperaba á Blücher, y en hora y media la noche, segundo auxiliar de que estaba seguro, en caso de que el primero, detenido por Grouchy, llegara á faltarle. En fin, más allá de la plataforma tocando al camino real, están los edificios de la Haie-Sainte, tomados y vueltos á tomar tres veces por Ney, á quien en aquellos tres ataques le mataron cinco caballos que sucesivamente montó.

Volviéndose del lado de Francia, y miran-

do á la derecha, se ve en medio de un bosquecillo la quinta de Hongoumont, que Napoleón envió á decir á Gerónimo no abandonase aunque debiese quedar allí con todos sus soldados. Al frente está la granja de la Bella Alianza, desde la que Napoleón, después de haber dejado su observatorio, situado en el bosque de Montplaisir, contempló por espacio de dos horas todo el campo de batalla, pidiendo á Grouchy sus batallones vivos, como Augusto pedía á Varus sus legiones muertas. A la izquierda se ve la rampa donde Cambronne respondió, no *la Guardia muere*, porque en nuestro furor de poetizarlo todo, le hemos prestado una frase que jamás dijo, sino una sola palabra de cuerpo de guardia, arrojada al rostro del parlamentario; palabra acaso no de tan buen gusto, pero muy soldadesca y enérgica: en fin, á la vanguardia de toda aquella línea, sobre el camino real de Bruselas, en el sitio en que forma una ligera subida, se distingue el punto extremo hasta donde avanzó Napoleón cuando viendo desembocar por la selva de Frichermont á Blücher y sus prusianos, con tanta impaciencia esperados por Wellington, exclamó: «¡Ah! he aquí por fin á Grouchy; la batalla es nuestra.» Este fué su último grito de esperanza; una hora después era respondido por el de «¡Sálvese quien pueda!»

Si luego se quiere ver en detalle toda aquella llanura de sangrientos recuerdos, cuyo conjunto se acaba de abrazar, se baja de la pirámide, y por el camino de Frichermont á Braine-la-Leude se pasa al camino de Nivelles, que conduce á la quinta de Hongoumont, que se encuentra tal como Gerónimo, llamado á las tres por Napoleón; la dejó, es decir, completamente demolida por doce piezas de artillería de grueso calibre que acababa de llevarle el general Foy. Aquí subsiste todavía la destrucción, y como si la muerte hubiese pasado por ella la vispera, nada cubre los restos, nadie ha tocado á las ruinas; después se os enseñará la piedra en que Gerónimo, conducido por el mismo guía que había tenido aquel día, fué por último á sentarse, como otro Mario, sobre los restos de otra Cartago.

Desde la granja de Hongoumont se va atravesando tierras, si se ha hecho la siega, al bosque de Montplaisir, donde estaba el observatorio de Napoleón, y del observatorio á la casa de Lacoste, guía del emperador. Tres veces durante la batalla volvió Napoleón de la Bella Alianza á aquella casa. En una pequeña eminencia, situada á veinte pasos de ella, y que domina el campo de batalla, es donde se reunió Gerónimo al emperador, que estaba sentado, á las tres de la tarde; tenía á su derecha al mariscal Soult: el príncipe Gerónimo ocupó su izquierda. Napoleón acababa de enviar á buscar á Ney: tenía junto á sí una botella de vino de Burdeos y un vaso lleno, en el que de vez en cuando humedecía maquinal-

mente sus labios. Al ver llegar á Gerónimo y Ney, cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, Napoleón se sonrió, porque así era como quería á sus bravos; después, con los ojos siempre fijos en aquella lucha gigantesca en que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de Lacoste, uno para Soult, otro para Ney, y el tercero para Gerónimo; pero no había más que dos; llenó los dos por sí mismo, los presentó á cada uno de sus mariscales, y dió el suyo á Gerónimo.

Entonces con aquella voz dulce que tan bien sabía tomar en la ocasión: «Ney, mi bravo Ney, le dijo tuteándole por la primera vez desde su regreso de la isla de Elba; vas á tomar los doce mil hombres de Kellerman y de Milhaud, esperarás con ellos á que mis muchachos se unan á ti; tú darás el golpe de gracia, y entonces, si Grouchy llega, la jornada será nuestra. ¡Anda!»

Ney dió el golpe de gracia, pero Grouchy no llegó.

De aquí es preciso tomar el camino de Jemmape á Bruselas, y se atravesará la granja de la Bella Alianza, donde se reunieron después de la jornada Wellington y Blücher; continuando se llega muy pronto al punto extremo á donde avanzó Napoleón, y desde donde reconoció que no era Grouchy sino Blücher el que llegaba para ganar una batalla perdida, como había hecho Desaix en Marengo, y se encuentra uno próximamente entre la segunda y tercera línea de ataque. Dando cincuenta pasos á la derecha en lo interior de las tierras está el sitio mismo del cuadro donde se arrojó el emperador; aquí es donde Napoleón hizo todo lo que pudo para hacerse matar. Cada disparo que hacían las piezas inglesas se llevaba filas enteras á su alrededor, y en cada nueva fila que se formaba se colocaba Napoleón, á quien Gerónimo arrastraba detrás de sí, mientras un valiente general corso, el general Campi, volvía siempre y con la misma impasibilidad, á colocar su caballo entre el emperador y las baterías enemigas; en fin, después de tres cuartos de hora de carnicería Napoleón se volvió hacia su hermano: «Vamos, le dijo, parece que la muerte no me quiere todavía: Gerónimo, te doy el mando del ejército, siento haberte conocido tan tarde.» En seguida, le alargó la mano, montó en un caballo que le presentaban, pasó como por milagro, por medio del enemigo, llegó á Jemmape, se detuvo aquí un instante, é intentó rehacer el ejército; en seguida, viendo inútiles sus tentativas, montó otra vez á caballo, y llegó á Laon en la noche del 19 al 20.

Veinte y cinco años han pasado de aquella época, y hoy es cuando la Francia ha comenzado á comprender que aquella derrota era necesaria á la libertad europea; mas no ha conservado menos en el fondo del corazón una profunda ira al verse señalada como vic-

tima: en aquella llanura donde cayeron por ella tantos esparciados, en medio de la pirámide del príncipe de Orange, de la tumba del coronel Gordon y del monumento de los hannoverianos, en vano se busca una piedra, una cruz, una inscripción en memoria de la Francia; es que algún día la ordenará Dios ejecute la obra de la libertad universal, comenzada por Bonaparte é interrumpida por Napoleón; luego, ejecutada esta obra, volveremos la cabeza del león de Nassau hacia la Europa y se habrá hecho todo.

## AMBERES.

Al día siguiente partí para la patria de Rubens, pues aunque el pintor de nombre célebre y corazón de fuego nació en Colonia, Amberes no deja de reclamarle como uno de sus hijos; por lo demás, en esta ciudad es donde murió dejando para velar su tumba esa inmensa é inmortal posteridad procreada por su pincel, posteridad de mil trescientos diez cuadros conocidos por el buril, y en los que se cuentan más de catorce mil personajes.

Amberes tiene la forma de un arco tendido, del que el Escalda representa la cuerda; antes de que fuese una ciudad, una de esas tradiciones que mecen la infancia de las ciudades, dice que un gigante edificó su castillo sobre la punta que se llama hoy el Werf; de ahí se extendió su poder sobre el río: una cadena tendida de una á otra orilla le entregaba como prisioneros todos los que tomaban el camino del Escalda; poníalos entonces á rescate, y si se negaban á pagar por voluntad ó por impotencia, les cortaba las manos y los arrojaba al río. De aquí la etimología de Amberes: *Hand-Verpen*, que en flamenco quiere decir, mano arrojada. Hay allí como en todas partes anticuarios, que por tener una oposición propia, la disputen este poético origen, y pretenden que el nombre de Amberes proviene sencillamente de *Aent-Verpe*, que significa, ante el río; pero á estos incrédulos se contesta victoriosamente enseñándoles las armas de la ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas, y paseando todos los años ante su casa, no el gigante mismo, pero sí una imagen hecha á su verdadera imagen.

En la época en que la ciudad, primero castillo romano, después conquista normanda, luego provincia franca, y por último marquesado separado del ducado de Baja Lorena, para servir de heredamiento á Godofredo de Bouillon, comenzaba á tomar alguna impor-